

El otoño de los grillos y otros cuentos de Héctor Mendes

Alejandro Finzi *

Universidad Nacional del Comahue
finziveg@hotmail.com

Veinte cuentos para recorrer una vida de escritor. Veinte cuentos para revelar el oficio de escribir. Si el número alcanza para eso, estamos frente a alguien que hizo del ejercicio de la escritura su lugar en el mundo, su hogar. Un hogar que intento mostrar en veinte bosquejos, en veinte trazos argumentales. Aquí están:

Lucero, con su guitarra cruzada a la espalda, llega al almacén de Nazario montado en su tostado, en la esquina de un poblado de campo. Eso es lo que nos cuenta un empleado dado a confiar misterios. Lucero canta, pero su canción está hecha de silencio. La suya es una mudez que se oye hondo y hace ronda. Que las rondas de parroquianos son peligrosas, eso es lo que concluye un Comisario. El final viene solo, como la injusticia.

Etelvina y el Cacique Catrilqueo tienen mucho que recordar, pero esa memoria respira sus recuerdos lejos de un museo. Lo que somos, lo que fuimos se realiza en esa distancia que buscamos en nuestro interior. Por eso Etelvina un día sube a un tren camino al sur, con una valijita de cartón atada con un cinturón de cuero. Matilde y Lázaro y un número de circo

para ganarse la vida recorriendo pueblos, entre el desierto y la ilusión. Un gesto de magia como lo hubiera hecho Houdini, enterrado vivo por una jornada íntegra a cincuenta pesos la entrada. No hay agua en el pueblo, hay sed de milagros. De eso se vive o se muere.



Hume y Elisa pasean por el pueblo, en direcciones diferentes. Dos solitarios y un puñado de palabras que se ofrecen mutuamente. Otra vez, soledades y un viento que puede decir lo que los corazones no se atreven a confesar un

*Alejandro Finzi (Buenos Aires, 1951). Se doctoró en la Universidad Laval, Canadá, con una tesis sobre Antoine de Saint-Exupéry. Actualmente es profesor Consulto de la Universidad Nacional del Comahue, donde se desempeñó como Profesor Titular de Literatura Europea I y II. Es Profesor Asociado de la Universidad Laval e integrante del programa *Erasmus Mundus*.

Cincuenta de sus textos teatrales fueron representados en las tres Américas, África y Europa. Sus obras han sido traducidas a siete idiomas y son publicadas en América Latina y Europa.

Recibió el premio Konex a las Letras (2004-2014).

atardecer de primavera. Ella es la loca del pueblo y él es Bibliotecario. ¿Quién más loco que un bibliotecario? De esa materia se nutre una tímida y enamorada atracción mutua.

Artemio, el maestro de Valleseco escribe una carta a Enrique, sin saber cuál es el destino de su escuela rural. Ese destino tiene un nombre: María y un testigo que es mudo o tal vez no: un cerro que lo observa todo, hasta aquello que una carta no termina de confesar.

Antonio y Pancha viven las consecuencias de la creciente del río. Lo viven en una embarcación que los une en el desamparo y en esa materia de sufrimiento en la que se cose el amor.

Tejeda el Molinero, el Padre de la Patria y su Ejército que cruzará los Andes con el aliento de los vecinos de Mendoza, alcanzan para un invento que nacerá en la ladera de un cerro, entre la soledad y la cercanía con el vuelo del águila y sus alas grandes que planean sobre las ilusiones y las vicisitudes humanas.

Lo que no pueden las balas, lo puede la música. Así lo soñaba en Coronel, al frente de sus hombres que iban sumándose a sus filas por donde se escuchaba su banda. Es así como se ganaron batallas al Ejército Nacional. Pero la suerte puede cambiar, si los músicos terminan huyendo entre la polvareda de un camino desierto.

Una goleta cruza el estrecho y da pelea en las salvajes aguas del Pacífico Sur. Es el grumete, que hace su bautismo de sangre, quien nos relata la historia del capitán que decide enfrentar, tormenta mediante, con el valor de sus marineros, a una fragata enemiga. El coraje le ayuda para contarnos el final.

Un viaje en tren para Leticia y Luis con destino propio: la Patagonia. Y un viaje en tren para el vecino de asiento, sin destino. En todo caso el destino de la noche, incierto, peligroso, vejado por los dueños de la muerte. La vida no cabe en el sueño agotado de quien busca vivir.

Un golpe de Estado se narra y se guarda en la memoria desde el mundo de una familia, desde las noticias que llegan por el éter, por las noticias que llegan por las horas que se transitan teñidas de duelo, por lo que se escribe en el corazón de tres chicos. En su experiencia se graba la Historia que nunca termina por confesar su crimen.

Si las guerras se suceden unas tras otras, el amor y la juventud son un único momento, fugaz e irreplicable. Esto lo conoce Helena. Lo desean Paris y Menelao. ¿Quién venció y quién fue vencido en Troya?

Al gobernador Benavidez le ha salido un doble. Demasiado, para la Historia Nacional. Demasiado para lo intrépido y temerario de las luchas por hacer de nuestra tierra un país de hermanos. Y esa osadía, que lo sepan todos, se cobra muy caro.

Ahmad quiere volver a su casa, para recordarla, su hogar está allí, no en el desierto y sus soledades. La guerra se la quitó y los nuevos aldeanos se lo hacen saber. Una batalla no roba un derecho. El jefe del comando buscará explicárselo. Por las buenas y por las malas.

Un potrero de barrio es el territorio donde lo virtuoso en el manejo balompié no es de todos los chicos. Algunos observan el partido, detrás de cada arco y, buenos observadores, como Popovsky y Nenín, alcanzan la pelota. Con ese oficio escriben su propia historia.

La tía Victoriana y sus solteronas hijas, Delicias y Mercedes, llegaban a la gran ciudad desde su rincón cordillerano. Puntualmente, año a año, era una visita con aire aristocrático y estilo a sus dos hermanos. Sus modales iban de la mano de su apetito y las tristes economías no podían honrar la hospitalidad que las mujeres pretendían. Tal vez un ejército de grillos podría encontrar una salida para que, por fin, regresen de donde llegaron.

Una lección de piano y la historia que Clara dejó a su hermano. Los recuerdos de familia atesorados por una anciana. Tan vívidos son, que la prima Elba los hace suyos, dueños de su cotidianeidad, de su presente.

Don Jenofonte es un vecino de barrio, tan viejo, que casi podría pasar por ser el autor de la Guerra del Peloponeso. Los vecinos lo quieren y lo respetan. Un día tiene un mal golpe y se rompe el peroné. Qué mejor ayuda que ofrecerle un bastón, después de meses de convalecencia. El que recibió es uno que también tiene historia, una guardada con orgullo por un aficionado a coleccionar recuerdos.

Ladislao es el hombre cine y viaja con Egle, de pueblo en pueblo, relatando argumentos de películas. El hombre-cine llega a Vallevación, tan desértico es el pueblo que ni sala de proyección cinematográfica tiene. El hijo del Jefe de la Estación anota en un cuaderno las historias que Ladislao cuenta a los vecinos del pueblo. Lo que ese cuaderno guarda será siempre mucho más nítido e imperecedero que la experiencia que su

autor puede vivir, tiempo después, sentado en una butaca.

El retrato de Atanasia, entre los pinceles del Maestro Lacustre. El trabajo de una vida que es, al mismo tiempo, el trabajo sobre la vida. La contemplación compositiva una sola vez se hizo palabra entre la modelo y el artista.

Héctor Mendes organizó estos cuentos temáticamente en seis secciones. Prefiere este orden a otro, el cronológico, que transita treinta años de escritura. Lo hace porque el oficio es uno y el tiempo de creación tiene distintas procedencias, diferentes detonantes, llega del recuerdo de la infancia a la urgencia de la actualidad. Escribe Gerardo Burton que “En los cuentos de Héctor Mendes no hay lugar para el resuello: siempre hay algo más, una vuelta de tuerca que demora la lectura para que no termine ese placer, ese goce que no por efímero es menos hondo”¹. La observación no podía ser más exacta: cada texto cierra no estrictamente sobre su peripecia anecdótica, sino sobre su ulterior desarrollo, la posible continuidad de su fábula.

En el prólogo a un libro de María Esther Vázquez, Jorge Luis Borges sostenía, en 1964, que un cuento debe constar de dos argumentos². Uno es falso y se sugiere con vaguedad; el otro, el auténtico, se mantiene en secreto hasta el final. Borges rinde homenaje así a Edgar Allan Poe, que prescribe que todo, en el cuento, se resuelve en las últimas palabras. Pero el caso es que, el relato de Mendes es en términos narrativos la laboriosa construcción de una esclusa que arrastra al lector hacia el interior de su experiencia de

¹ Texto de Gerardo Burton en la contratapa de “El otoño de los grillos y otros cuentos”, Héctor Mendes, Espacio Hudson, Colección Narrativa, Lago Puelo- Buenos Aires, agosto de 2019.

² María Esther Vázquez, “Los nombres de la muerte”, cuentos, prólogo de Jorge Luis Borges, Emecé, Buenos Aires, 1964.

lectura. Sin embargo, la reflexión de Borges, que luego retomó la teoría literaria argentina con diversos resultados, no termina de explicar el trazo narrativo del que estoy ocupándome. Con esto quiero decir que hay que prestar atención, en la escritura del género, y esto lo hace con indudable maestría Héctor, al comienzo del cuento. No ya las últimas líneas, sino aquellas que abren el relato, que inscriben la sucesión de acontecimientos que lo componen en uno inicial. Mendes propone estas primeras palabras como por casualidad, otorgando a lo que va a narrarnos con una naturalidad a prueba de incrédulos. Por eso es que no hay nada de la vaguedad borgeana en el argumento que se anuncia. No. Lo que encontramos es una afirmación clara y contundente de una puesta en perspectiva de un suceso que abre una continuidad de acontecimientos asociados con una lógica implacable y un final que se asocia al comienzo, en un todo de acuerdo con la autenticidad de lo que se narra. No hay, en consecuencia, dicotomía alguna entre falsedad y veracidad, en el caso de estos textos como lo pregona el autor de “Fervor de Buenos Aires”. No. La maestría con la que nuestro escritor formula la situación y los personajes no da lugar a conjeturas ni a vaguedades, sino a la instalación del término real de una metáfora. El desarrollo del mismo asume esa lógica y la resuelve con nitidez. No necesariamente cada uno de los veinte cuentos resuelve su anécdota en lo que empíricamente observamos, sino que, antes bien, la construcción literaria ejecutada nos propone una práctica de acontecimientos que hace que sea visible aquello que la realidad nos escamotea. ¿Cómo Mendes procede para lograr esto?: Utilizando como procedimiento compositivo por un lado la palabra que se dice, que se organiza como trama y, por el

otro, la palabra que se silencia, que el lector, laboriosamente, debe constituir por sí mismo en la corriente de la anécdota.

Hay un sitio común en estos cuentos que hacen de ellos, un cruce temático que se abre al género novelístico: el desierto, la distancia, los viajes, el viento, los pueblos chicos, el aislamiento, la memoria. Este encuentro por un lado me recuerda a Rulfo y, también, a Haroldo Conti, a Salarrué, a Max Jiménez. Estos dos escritores están atravesados, tanto como Mendes por estos tópicos y, en el caso de los dos centroamericanos, por una línea de humor nacido del afecto biográfico por personajes como Poposky y Nenín, el gobernador Benavides, la prima Elba (si se me permite), la tía Victoriana y sus encantadoras hijas, Mercedes y Delicias.

Un segundo punto de encuentro, que se extiende fraternalmente a escritores como Julio Cortázar, Héctor Tizón, Daniel Moyano, ubican a Mendes como un escritor que es un orfebre del idioma. Es dueño de la pasión del artesano que, con minuciosidad de relojero, elige las palabras que constituyen el océano de voces del que está hecho el bagaje humano como lo proclamaba Víctor Hugo³.

El libro, por completo, sus treinta años de fecunda travesía, actualiza el género, en los términos en que estos textos cobijan tanto la lírica como también la novela. Siempre observando rasgos del género que la tradición consagra (la apelación a personajes maravillosamente infrecuentes, la brevedad como formato prescriptivo, la indeterminación o la somera alusión témporo-espacial en la formulación de las situaciones), Mendes, ejecuta un programa narrativo para ensayar una reflexión sobre el Tiempo o, mejor dicho, los tiempos que una experiencia de vida asume y actualiza.

³ Cf. Prefacio al Cromwell.

En este sentido la obra de nuestro escritor desmiente definitivamente la pretensión de Michel Butor quien afirma que el cuento es obligatoriamente fantástico, en flagrante oposición con el mundo cotidiano⁴. Quien desmiente esto son Tejada, el molinero, Lucero, el cantor mudo, Ladislao, el hombre cine. Ellos hunden su devenir, su lugar en el mundo, en la honda y originalísima condición humana, como sus hermanos de este libro. Esa actualización que nos propone Héctor Mendes, por eso mismo, se hace presente hoy con la fuerza de un terremoto, de la misma manera que, en 1830, la abuela, en el *Woyzech* de Georg Büchner, relata a los niños el cuento de la luna.

Saludo, como uno de los acontecimientos literarios del año más importantes, la aparición de *El otoño de los grillos y otros cuentos* de Héctor Mendes, uno de los escritores argentinos más destacados de la actualidad.



⁴ Michel Butor, «La balance des fées », Répertoire, Paris, Francia, 1960.